

con el brahmanismo. Así puede explicarse que el país en que nació fuera precisamente el en que desapareció para siempre. Había aceptado la religión de ese país y debía por ella ser absorbido. Al resto de Asia llegó con el cortejo de los dioses bracmánicos que, hablando á la imaginación, contribuyeron á su triunfo. En la India, donde esos dioses habían reinado tanto tiempo, no podían ser derribados para siempre por una religión que sólo tenía la pretensión de relegarlos á un lugar secundario, pero que no los reemplazaba de ninguna manera.

Las sectas búdicas se multiplicaron pronto, como se habían multiplicado las sectas bracmánicas, y mientras que en los templos Buda fué pronto un dios más, de que la leyenda fué poco á poco fijando los rasgos, resultó para ciertas sectas un estado superior hacia el cual tendían todas las criaturas y al que llegaban por su mérito después de millares de resurrecciones y de períodos de tiempo inconmensurables; estado en el cual resultan capaces de ejercer una saludable misión en beneficio de los demás habitantes del universo, después de lo cual entran para siempre en el reposo eterno del Nirvana, su fin bienaventurado y supremo.

El Buda Zakya-Muni no era para las sectas nuevas el único que debía traer la verdad al mundo. Vendría otro, después otro, trayendo nuevas luces, nuevas fuerzas, enseñando caminos más cortos para llegar á la perfección. Sólo que fabulosos números de siglos separarían esas apariciones, pues es preciso muchísimo tiempo para formar un Buda, y la imaginación inda, á que nada turba ni desconcierta, incluía en sus cálculos series de *kalpas*, período ya casi imposible á evaluar para nuestro modesto poder de concepción occidental.

El estado que prepara mejor el de Buda es el de asceta, y de aquí el sistema monástico que pronto cubrió la India de conventos. Matar en sí el deseo, causa de la vida y del dolor, este era el medio más rápido de llegar á Buda. Esto es lo que enseñan las cuatro grandes verdades, fundamento de la ley búdica; verdades que se refieren á los religiosos y no á la muchedum-

bre, pues era preciso estar ya muy adelantado en el camino de la perfección para comprenderlas y para practicarlas.

«Ved, religiosos, dice el *Lalita Vistara*, las cuatro venerables verdades: el dolor, el origen del dolor, el impedimento del dolor, el camino que conduce al impedimento del dolor.

»¿Y qué es el dolor? El nacimiento mismo es el dolor: la vejez, la enfermedad, la muerte, la separación de lo que se ama y la unión con lo que se detesta; ved el dolor. Lo que se desea y lo que no se obtiene buscándolo con insistencia, esto mismo es el dolor. En una palabra, el objeto de las cinco tomas de posesión por los sentidos, siendo dolor, esto es lo que se llama dolor.

»Y ¿cuál es el origen del dolor? Es el deseo que se renueva sin cesar, que va con la pasión del placer, que acá y allá alegra; ved el origen del dolor.

»¿Y cuál es el impedimento del dolor? Es el apaciguamiento sin que nada quede y el impedimento de ese deseo que se renueva sin cesar, que va con la pasión del placer y alegra acá y acullá, se reproduce y es satisfecho. He aquí el impedimento del dolor.

»Y ¿cuál es el camino que conduce al impedimento del dolor? Es la venerable vía compuesta de ocho partes tales como el conocimiento perfecto hasta la contemplación perfecta. Así se dice la venerable verdad del camino que conduce al impedimento del dolor.

»Estas son, religiosos, las cuatro venerables verdades.»

Además del deseo de matar el dolor y de llegar pronto al glorioso estado de Buda, luego al perfecto reposo, otra razón lanzó una multitud de discípulos á la vida retirada de los conventos. Tal era que la igualdad proclamada en principio por el budismo reinaba, en efecto, en el fondo de los monasterios: sudras, parias, tchandalas valían lo que el bracmán y comían con él desde que ingresaban en la misma santa congregación. Las mujeres mismas tuvieron sus conventos y cesaron de ser los seres débiles, sometidos á una constante tutela, que describía Manu.

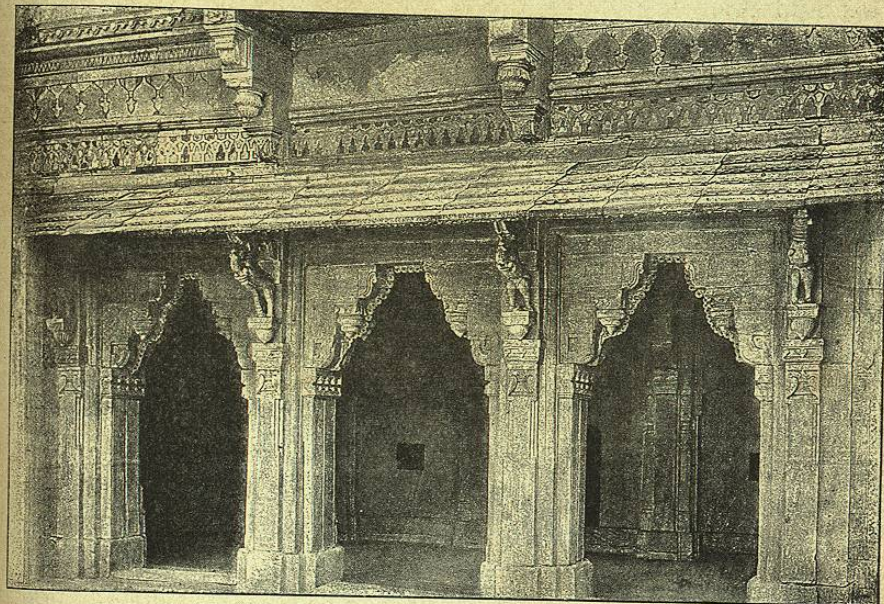
La vida, no obstante, era severa en el fondo de esos monasterios labrados en las profundidades de las montañas, que la India construyó durante miles de años y cuya arquitectura maravillosa nos llena hoy de asombro. Era preciso, para ser admitido en ellos, hacer votos de pobreza y de castidad. Mujer, hijo, fortuna debían ser abandonados para consagrarse á una existencia nueva. El monje no debía poseer nada, vivir de limosnas, pero sin pedir las, y no aceptar de las manos caritativas más de

lo indispensable para una comida. Debían enseñar la paz y la verdad á los hombres, fundar hospitales y asilos para los pobres y los viajeros, tratar de impedir las guerras y profesar la mayor tolerancia para todas las religiones, considerándolas como formas inferiores de una misma verdad. Educaban niños y les enseñaban á guardar el mayor respeto á sus padres, pues decían los libros búdicos: «Aunque un hijo cargase su madre sobre un hombro y su padre sobre el otro y los llevase así durante cien años, haría menos por ellos de lo que ellos han hecho por él.»

El budismo llevó al viejo mundo asiático un espíritu de caridad y una moral de una elevación hasta entonces desconocida. Un sabio eminente, Max Muller, lo proclama muy alto en el pasaje siguiente, conforme por otra parte con lo que más de un misionero había escrito antes que él. «La moral más pura, enseñada á la humanidad antes del advenimiento del Cristianismo (es un cristiano convencido el que habla), fué enseñada por hombres á los ojos de los cuales los dioses eran vanas sombras, por hombres que no levantaban altares, que ni los elevaban siquiera al Dios desconocido.»

La última parte de esta aserción, confirmando las ideas que aún se forman en Europa del budismo, es del todo errónea, como lo probaremos muy pronto, demostrando por los monumentos que jamás religión alguna tuvo en realidad más dioses que el budismo. Lo que concierne á la elevación de la moral búdica es, por lo contrario, perfectamente exacto. Ninguna religión tuvo moral más pura, de más dulces palabras para todas las criaturas, de compasión más profunda para la condición humana. Buda buscó los medios de sustraer los hombres á su duro destino, y los hombres fueron á él. Ese hijo de rey convertido en mendigo para compartir la miseria de las muchedumbres y enseñarles la caridad, es uno de los más grandes encantadores que haya reinado sobre el mundo. Por todas partes donde se implantó la religión que debía llevar su nombre conquistó las almas, y las conquistó sobre todo por la dulzura, la caridad y la abnegación de los misioneros que la enseñaban. Suavizó las costumbres

del Asia y transformó en hombres apacibles bárbaros sanguinarios. Los feroces mogoles, que edificaron en otro tiempo pirámides de cabezas humanas, se convirtieron bajo su influencia en cultos é instruídos. Podría decirse del budismo que es la más elevada de las enseñanzas religiosas que ha conocido el mundo, si no fuese al mismo tiempo la que mejor ha doblegado los hombres á la servidumbre.



GWALIOR. — Palacio de Man Mandir. Galería de uno de los patios interiores
(Altura total de los pilares hasta el arquitrabe, 2^m,90)

Podemos deducir de lo que precede que el budismo se diferencia del brahmanismo, en primer término, por la elevación de su moral y su espíritu de tolerancia y de caridad; en segundo, por el lugar preeminente que atribuye al hombre en el universo, lugar que ninguna otra religión le atribuyó nunca. La naturaleza, cambiando sin cesar y creando formas cada vez más perfectas, llegó al hombre, y éste, por el esfuerzo de su virtud y de su voluntad, podía al fin hacerse, no un dios, sino más que un dios; podía hacerse un Buda, es decir, el ser completo, el

ser que no es sólo uno, sino á la vez el principio y el fin, todo y nada, la inmensidad y la nada, la conciencia del universo; y como el universo, consecuencia de estados transitorios, no es sino una ilusión, la conciencia de la ilusión, un ser todo en conjunto tan vago y tan grande, que es preciso renunciar á definirlo si no se tiene la prodigiosa audacia de los teólogos indos, ni su enloquecedora y desmesurada inventiva para las imágenes y los nombres.

Esas formidables especulaciones, que desconciertan nuestros cerebros occidentales, no fueron ni siquiera previstas, volvemos á repetirlo, por los millones de discípulos que Buda contó en el transcurso de los siglos entre las más oscuras capas de la sociedad, entre los ignorantes, los pequeños y los humildes. Esos entraron en sus templos, orgullosos de codearse en ellos con el soberbio brahmán; se prosternaron delante de su imagen divinizada, adoraron sus reliquias, celebraron fiestas solemnes en honor de su vaso de limosnas. No comprendieron más que su dulce caridad, y recordaron con delicia que uno de los compañeros de Buda, habiendo pedido de beber á una de las últimas mujeres del pueblo: «Señor — había humildemente respondido la pobre criatura, sabiendo que un hombre de casta preferiría más morir que aceptar una gota de agua de su mano si sabía quién era: — Señor, soy una tchandala.»

— No te pregunto si eres ó no tchandala, replicó el sabio con dulzura; pero tengo sed y te pido que me des de beber.

Hecho bien sencillo en apariencia; pero milagro de caridad para un indo y señal de redención profunda para multitud de criaturas humanas.

Tal fué el budismo, y aunque su filosofía se perdiese más tarde en abstracciones vecinas á la alucinación, ó que fuese su culto ahogado en ritos, ceremonias y símbolos brahmánicos, no por eso había de resultar menos, por su inconmensurable benevolencia, un principio regenerador, de una potencia y de una eficacia tales, que la historia de la humanidad no presenta en modo alguno otro igual.

4.º — EL CULTO BÚDICO SEGÚN LOS MONUMENTOS

Cuando el budismo fué revelado á Europa, hace aún bien pocos años, por la traducción de los escritos filosóficos posteriores en seis siglos lo menos á Buda, se experimentó una admiración profunda creyendo comprobar que una religión que había sometido quinientos millones de hombres á su ley no reconocía ningún dios, consideraba el mundo como una vana ilusión y no ofrecía sino la nada á las aspiraciones de los hombres.

Antes de visitar la India, yo no sabía naturalmente del budismo sino lo que decían los libros á que acabo de aludir y de que hablaré más adelante. Abrigaba, sin embargo, serias dudas acerca de la posibilidad de convertir millones de hombres semibárbaros con frías negaciones filosóficas. Una religión sin más base que tales principios, apareciendo bruscamente en el mundo y desapareciendo también bruscamente del país en que había nacido, parecíame un fenómeno contrario á todo lo que nos enseña la historia. Esperé, pues, que el estudio de los monumentos búdicos, tan descuidado por los sabios europeos que se han ocupado del budismo, esclareciera con nuevos resplandores la historia de esta religión. Esta esperanza no fué defraudada. El examen de los bajos relieves de que los monumentos de la India están cubiertos me probó bien pronto que la religión búdica, tal como fué practicada por los indos durante mil años, difería completamente de lo que nos enseñaban los documentos escritos.

No es, en efecto, en los libros sino en los monumentos donde es preciso estudiar lo que fué en otro tiempo el budismo, y lo que los monumentos nos dicen difiere absolutamente de lo que los libros europeos nos enseñan. Nos prueban los monumentos que esa religión de que los sabios modernos han querido hacer un culto ateo, fué, por lo contrario, el más politeísta de todos los cultos.

Sin duda, en los primeros monumentos búdicos, antiguos de